3 de septiembre. 9:54 p. m.

Asunto: Ludovico Einaudi.

Einaudi es inventor de ambientes. De mundos. No acuáticos ni aéreos. Ludovico invita a contemplar con otros ojos. Te brinda una alfombra mágica con la que sobrevolar los aromas de la *Primavera* o vivir *I giorni* con nueva habilidad. Qué factoría de paz tan productiva e impecable es la tabla armónica del piano de Ludovico.

Mark.

3 de septiembre. 10.01 p. m.

Re:

Señor Craigh;

Acabo de ponerme el pijama. He de decirle que es de color verde agua. Debería haberlo adivinado usted. Cuánto me satisface leer las impresiones sobre la música de su *playlist*. Esos músicos sí que son magos; no Harry Potter. ¿Qué le parece el acordeón de Yann Tiersen? Se reirá de mí, pero ese instrumento me recuerda tanto a la feria del pequeño pueblo donde crecí... Los hombres bebían cerveza y las mujeres dulces licores de frutas que incendiaban sus mejillas al segundo sorbo. Mientras, los niños revoloteábamos por la inmensa explanada salpicada de atracciones, puestos de golosinas y divertidos personajes que se afanaban en reclamar nuestra atención, hasta que irremediablemente nos perdíamos y nuestros padres tenían que buscarnos con ansiedad gritando entre la muchedumbre. Yo me pasaba las horas contemplado embobada a un señor que, ataviado con un frac desvaído, se sentaba junto a una tómbola y tocaba su acordeón toda la noche. Resultaba fascinante cómo aquel instrumento deteriorado por el tiempo, agrietado y lleno de magulladuras -las secuelas del deambular feriante-, podía producir un sonido de tan excepcional volumen. El músico era grande, un gigante de más de dos metros con manos pobladas de dedos como puerros que, sentado en un taburete incapaz de abarcar su amplísimo trasero, parecía trebejar con su instrumento como un niño con su juguete nuevo. Yo permanecía de pie a unos metros de él, trasladando mi mirada sin parar de una a otra manaza. Creo que cuando se cercioraba de que lo estaba mirando, aceleraba sus dedos; interpretaba la pieza a un ritmo más y más apresurado, hasta que de repente anclaba sus ojos en mi mirada pasmada y entonces él sonreía. ¿Puedo contarle un secreto, señor Craigh?

Mary.

20 de septiembre.

Re:

Se lo contaré de todos modos. Su *playlist*, la música que contiene, ese tipo de melodías... me gusta solo desde hace unos meses. Concretamente desde el día 4 de mayo. ¿Puede usted creerlo? Hasta entonces mis gustos musicales eran bien distintos. Escuchaba Coldplay, U2 y grupos similares a los que ahora recurro con menor frecuencia. Nada de pianos o de violines como los de usted. Con seguridad opinará que es un sinsentido; una incongruencia, algo no factible. Por favor, no me juzgue a la ligera, señor Craigh. El pasado 4 de mayo cambió mi vida. En otra ocasión le contaré qué ocurrió en aquella fecha. Por hoy basta de secretos. Además, supongo que, como profesional de la música que es, considerará que algo como lo que le acabo de contar resulta improbable. Pues no, señor Craigh; a mí me ocurrió. Apuro mi copa de agua y voy a la cama. Que descanse usted, señor Craigh.

Mary.

23 de septiembre.

Asunto: Buenos días.

¿Ha dormido bien, señor Craigh? En todos los años que llevo trabajando, esta es la primera vez que consulto mi correo personal desde mi puesto. Admitiré sin tapujos que esperaba un email suyo. Tal vez no esté haciendo otra cosa que incordiarle. ¿Qué me dice, señor Craigh?

Mary.

25 de septiembre. 10.23 p. m.

Asunto: el otoño.

Mi querida Mary, desde hace 34 años me dedico profesionalmente a la medicina. No soy músico y, como ya le dije, no soy ningún erudito en esa materia, aunque he de reconocer que la música ha resultado siempre una frustración para mí. La habilidad manual que desarrollé con el bisturí (mi especialidad es la cirugía) me fue vetada a la hora de interpretar música. Tal vez no invertí demasiado empeño en ello. A los diez años mis padres, haciendo un enorme esfuerzo, me regalaron un piano y recibí un sinfín de clases que tuvieron que sufragar a un precio desorbitado para una familia en la que en aquella época no había lugar para el menor dispendio. El resultado fue pésimo y, pasado un año, mi padre puso en venta el instrumento a través de un anuncio en la prensa local. Me pasé al violín. Ahora intuyo que quizá mi padre -tal vez otro músico frustrado- se obstinaba en que su hijo borrara aquella mancha incrustada en algún rincón de su subconsciente. Quizá un fugaz acceso de idiotez por mi parte -que contó con la condescendencia de mi padre- me llevó a pensar que, al ser menor el tamaño del violín que el del piano, resultaría más asequible su interpretación. Solo obtuve un nuevo fracaso. Finalmente, cuando empecé a trabajar, destiné mi primer sueldo a adquirir una Gibson Les Paul que ahora forma parte de la decoración de mi consulta recluida en una hermosa vitrina. Disculpe usted mi arrogancia, pero supongo que debo aclararle que “Gibson Les Paul” son la marca y el modelo de una guitarra eléctrica. Todos los pacientes la observan con extrañeza. ¿Qué demonios hace ese instrumento en la consulta de un cirujano? Al menos, la muda guitarra se encarga de apaciguar por unos instantes el miedo que traen algunos de esos pacientes. El resultado global de mi aprendizaje musical consiste en apenas cuatro acordes de *blues* que logro arrancar con cierta dignidad a mi Gibson y algunos estudios básicos para piano. Con respecto a mi instrucción del violín; resultó verdaderamente traumática. En cuanto apoyaba la mejilla en la mentonera y reposaba el arco sobre las cuerdas para atacarlas, me quedaba paralizado. ¿Se imagina?

 Mi padre mantenía una gran amistad con el director del colegio en el que yo estudiaba y lo convenció para que me permitiera actuar en solitario en la función de Navidad, ignorando mi rotunda oposición. Los dos amigos se confabularon para obligarme a salir al escenario e interpretar *Jingle Bells* con el fin de comprobar de primera mano mis avances. De hecho, mi padre pretendía que todo el mundo admirara la destreza de su hijo con el violín. Pero en medio de aquel inmenso escenario, en el punto de mira de un gigantesco foco que arrojaba un insoportable calor y provocaba el sudor de mi frente y de mis manos, fui incapaz de arrancar una sola nota al instrumento. Como en el patio de butacas empezaron a expandirse los murmullos, no tardé en buscar con pavor el amparo de las sombras tras el telón.

 Mi padre guardó silencio durante el trayecto de vuelta a casa en el coche. Cuando llegamos ordenó que me sentara en el sofá del salón y me exigió que no me moviera de allí. Atizó la chimenea hasta que las llamas iluminaron con vigor la oscuridad de la estancia y empecé a sentir su reconfortante calor. Después acomodó muy despacio el violín entre los troncos que se consumían y vino a sentarse a mi lado. Los dos observamos cómo las cuerdas no tardaban en adoptar un tono rojizo hasta la incandescencia, se dilataban tanto que estallaban produciendo sus últimas notas como fugaces lamentos y después se fundían retorciéndose hasta reducir sus formas a negruzcos resortes. El barniz provocó una efímera llamarada azul y el instrumento desapareció encogiéndose hacia sí mismo. Mi padre, con el rostro iluminado por las danzantes sombras que el fuego proyectaba, dijo “*esta noche velarás a tu violín, hijo*”. Se levantó y se fue a la cama.

Mark Craigh.